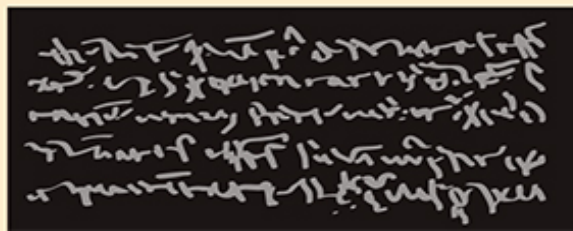


SER Y EDUCAR

Fundamentos de pedagogía tomista

Enrique Martínez García

EDICIONES
COR
IESU



SER Y EDUCAR

COLECCIÓN ESTUDIOS TOMISTAS
VOLUMEN 9

Director

Xavier Prevosti Vives, hnssc

Consejo de redacción

Ignacio M^a Manresa Lamarca, hnssc

Esteban J. Medina Montero, hnssc

Lucas P. Prieto Sánchez, hnssc

Consejo asesor

Serge-Thomas Bonino, op

Martín F. Echavarría

Reinhard Hütter

Enrique Martínez García

Antoni Prevosti Monclús

Thoma-Joseph White, op

PUBLICACIONES DE ESTUDIOS TOMISTAS

FRANCISCO CANALS

Tomás de Aquino. Un pensamiento siempre actual y renovador

THOMAS-JOSEPH WHITE, OP

El Señor Encarnado. Estudio tomista de cristología

XAVIER PREVOSTI, HNSSC

La libertad, ¿indeterminación o donación?

LUCAS PRIETO, HNSSC

Apuntes de filosofía tomista

EDWARD FESER

Cinco pruebas sobre la existencia de Dios

MARTIN F. ECHAVARRÍA

De Aristóteles a Freud, y vuelta

ENRIQUE MARTÍNEZ

Ser y educar

FRANÇOIS-XAVIER PUTALLAZ

El mal

ROMANUS CESSARIO, OP & CAJETAN CUDDY, OP

Tomás y los tomistas.

ENRIQUE MARTÍNEZ

Ser y educar

EN PREPARACIÓN

PABLO CERVERA

Aproximación al concepto de verdad

THOMAS PETRI, OP
Aquinas y la teología del cuerpo

ENRIQUE MARTÍNEZ GARCÍA

SER Y EDUCAR

Fundamentos de pedagogía tomista

EDICIONES
COR
IESU

Segunda edición: 2022
Primera edición: 2004

© 2022 *Enrique Martínez García*

© 2022 EDICIONES COR IESU, hhssc

Plaza san Andrés, 5

45002 – Toledo

www.edicionescoriesu.es

info@edicionescoriesu.es

ISBN (papel): 978-84-949744-6-5

ISBN (ebook): 978-84-18467-05-9

Depósito legal: TO 81-2022

Imprime: Ulzama Digital. Huarte (Navarra).
Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

SUMARIO

PRÓLOGO

1. SANTO TOMÁS, MAESTRO DE EDUCADORES

1.1. El alumno Tomás

1.2. El maestro Tomás

1.3. La filosofía de la educación en la obra de santo Tomás

1.4. *Paedagogia perennis*

2. LA FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

2.1. El saber científico

2.2. El saber acerca de la educación

2.3. La filosofía de la educación en relación con otros saberes

2.4. El arte de educar

2.5. Crisis y renovación de la filosofía de la educación

3. EL FIN DE LA EDUCACIÓN

3.1. Educar la virtud

3.2. El estado de virtud

3.3. Educar el cuerpo

3.4. Educar la vida intelectual

3.5. Educar las virtudes morales

3.6. Educar la vida de gracia

3.7. La mayoría de edad

3.8. Educar la persona

3.9. De educando a educador

4. EL EDUCADOR

4.1. La necesidad de un educador

4.2. Un educador racional

4.3. La perfección del educador

4.4. El principal educador de la vida racional

4.5. La educación escolar

4.6. La educación universitaria

4.7. La ley, educadora

4.8. El ángel, educador

4.9. Dios, maestro último

4.10. La persona del educador

CONCLUSIÓN: AYUDAR A SER

PRÓLOGO

Tenemos en ocasiones un cierto complejo de que sólo lo moderno es verdadero. Caemos entonces en la falacia de considerar esencial lo que no es sino una moda fugaz. Mas ¿cuántas palabras que estaban en boca de todos se ha llevado el viento? Sólo permanecen siempre actuales y fecundas aquéllas fundamentadas sobre roca, esto es, sobre el ser, sobre la naturaleza de las cosas, sobre Dios.

El mundo de la educación y la pedagogía ha sufrido estos vaivenes inconstantes de las modas y de las opiniones fugaces. Las mismas legislaciones sobre la educación se suceden con excesiva ligereza, olvidando aquel consejo de Aristóteles, que recomendaba no cambiar las leyes con frecuencia para así mantener la fuerza de la costumbre. Mas el saber pedagógico también debe estar arraigado en el ser y en la naturaleza humana, y si le faltan esas raíces pasa a dispersarse en innumerables parcelas de estudio, sin unidad, sin profundidad explicativa y normativa, sin autoridad.

Este escrito pretende reivindicar una pedagogía fundada sobre un saber verdadero acerca del hombre, de su naturaleza, de su fin, de sus necesidades. Una auténtica filosofía de la educación, capaz de ordenar los otros saberes pedagógicos más concretos, más empíricos, más descriptivos. La filosofía de la educación permite reconocer el fin: ¿por qué educamos? Y con la idea clara de adónde vamos se recorren con mayor rapidez y precisión los trayectos cortos, el quehacer educativo cotidiano.

Hay que volver los ojos, pues, al hombre. Y un buen maestro de humanidad es santo Tomás de Aquino, como lo definió el Papa Juan Pablo II en 1980: *Doctor Humanitatis*. Tomás nos legó una profunda enseñanza acerca del hombre, de su dignidad personal, del fin último de su vida, de su psicología, de las virtudes que perfeccionan su vida intelectual y moral, etc. Pero además, dedicó toda su vida a la docencia, y esa experiencia imprime una autoridad particular a su enseñanza. El

maestro Tomás de Aquino vuelve hoy a las aulas para guiarnos por los caminos de la educación, que él recorrió primero.

1. SANTO TOMÁS, MAESTRO DE EDUCADORES

Conviene comenzar, por tanto, atendiendo al camino recorrido por el maestro Tomás de Aquino. Y, como no podía ser de otro modo, para llegar a ser doctor tuvo que iniciarse como discípulo, pues «la disciplina precede a la doctrina; el hombre, efectivamente, antes de enseñar, aprende de otro»¹.

1.1. EL ALUMNO TOMÁS

De la formación recibida en sus primeros años sabemos bien poco, excepto que cumplidos los cinco años fue presentado como oblato en el monasterio benedictino de Montecasino, en donde fue instruido en la espiritualidad que establece la *Regla* de san Benito, así como en conocimientos básicos de latín, gramática de la lengua vernácula, lectura, escritura, matemática elemental y armonía; todo ello siempre bajo la dirección personal de un monje profeso².

Le siguió su formación en el *studium generale* de Nápoles, la universidad fundada en 1224 por el emperador Federico II para competir con el estudio pontificio de Bolonia. Allí cursó las siete artes liberales: el *trivium* -lógica, gramática y retórica- y el *quadrivium* -aritmética, geometría, astronomía y música-; también estudió la filosofía natural de Aristóteles, en un momento en que en París se hallaba prohibida. El método de trabajo consistía en la *lectio* o estudio del texto, las *disputationes* o discusiones sobre cuestiones concretas, y las *reportationes* o repeticiones de las clases. En referencia a sus maestros podemos mencionar dos, Pedro de Hibernia y otro llamado Martín; además, en el temprano escolasticismo medieval la formación intelectual y moral de todo estudiante era seguida por un profesor en particular, quien debía prestar sobre su tutorando un juramento *de scientia et moribus*.

Tras su ingreso en la Orden de predicadores sabemos que fue retenido a la fuerza por su familia durante un año o más en Rocassecca. Según Guillermo de Tocco, dedicó Tomás este tiempo a leer la Biblia y a

estudiar las *Sentencias* de Pedro Lombardo, texto oficial de los bachilleres que enseñaban teología³.

Libre ya del encierro, se pudo dirigir al convento dominico de Saint Jacques en París; allí pasó probablemente el año canónico de noviciado, criándose en el espíritu de la Orden mendicante. Poco después fue destinado a Colonia, en donde Alberto, *el Grande*, andaba organizando un *studium generale*; en él halló Tomás un formidable maestro:

Cuando hubo escuchado [al maestro Alberto] interpretar todas las ciencias con tan maravillosa sabiduría, se regocijó extremadamente al haber encontrado tan pronto aquello que había venido a buscar, alguien que le ofrecía tan pródigamente el cumplimiento de los deseos de su corazón⁴.

Tras cuatro años como discípulo de san Alberto Magno, y dedicado en silencio a su estudio -fue entonces cuando recibió el calificativo de buey mudo-, regresó a París como bachiller sentenciario, esto es, como lector de las sentencias de Pedro Lombardo. Quedó bajo la dirección del maestro Elías Brunet, de quien no conocemos ningún escrito; sus más directos maestros iban a ser, sin embargo, Pedro Lombardo y los textos patrísticos que iba a leer y comentar. En una ocasión, siendo ya maestro de teología, le dijo un estudiante que si le gustaría ser señor de la ciudad de París; Tomás le respondió: «Yo preferiría las homilias del Crisóstomo sobre el Evangelio de san Mateo⁵». Donde apreciamos más su amor a los Santos Padres es, sin duda, en la *Catena Aurea*, «visión casi perfecta de la exégesis patrística⁶», en la que citó a veintidós Padres latinos y a cincuenta y siete Padres griegos.

Santo Tomás nunca abandonó la docilidad intelectual debida a tales autoridades. La madurez intelectual que iba alcanzando le permitía, sin embargo, tratarlos con la libertad de espíritu que se funda en la verdad; en aquellos momentos era ya un alumno más que aventajado, y de discípulo iba convirtiéndose en maestro; de ahí que se haya afirmado:

Es inevitable la impresión de que el verdadero respeto que Aquino sentía por el Maestro [Pedro Lombardo] y por los maestros en ningún modo limitaba su propia libertad de pensamiento⁷.

Esta libertad de pensamiento, propia sólo de quien ya ha madurado su aprendizaje, le llevó precisamente a ir más allá de los autores patrísticos, buscando también en los filósofos paganos cuanto en ellos hubiera de

verdad. Su preferido fue, a todas luces, Aristóteles, *el Filósofo*; el deseo de conocer su auténtico pensamiento le hizo buscar traducciones directas del griego, que pudo conseguir gracias a la labor de Guillermo de Moerbeke. Por recuperar la filosofía aristotélica y con ella nutrir la investigación teológica tuvo que sufrir los ataques de la tradición agustiniana, temerosa de que se agudara el vino de la sabiduría cristiana; si Tomás se mantuvo firme en su convicción fue, sin duda, por su honesta opción por la verdad:

Tomás -explica Abelardo Lobato- sale a la palestra bien seguro de su tesis, pero un tanto solo. Él ha optado por la verdad, venga de donde viniere, por la defensa de la razón humana y su capacidad para conocer la realidad. Él ha defendido el recto uso de la filosofía en teología, que no es aguar el vino de la revelación, sino imitar a Cristo cuando en Caná convierte el agua en vino⁸.

Mas, por encima de cualesquiera otros, el Maestro de Tomás fue Dios mismo. La Sagrada Escritura pasó a ser de este modo el libro por excelencia en el que aprendió, dejándose educar por la Palabra que «es viva y eficaz, más cortante que espada alguna de dos filos» (Hb 4, 12), tal y como él mismo nos recuerda en su *Principium biblicum*⁹. Y fue a Cristo, Palabra definitiva del Padre (Cf. Hb 1, 1-2), a quien buscaba en la lectura y meditación de las Escrituras; es por ello que prefirió siempre su sentido espiritual, interpretándolas desde la perspectiva de Cristo, como afirma en su *Postilla super Psalmos*:

San Jerónimo en *Super Ezech.* nos enseñó una regla que observaremos en los *Salmos*: a saber, que deben explicarse de tal modo, en lo referente a la historia [bíblica], que ésta aparezca como figura de ciertos aspectos de Cristo o de su Iglesia¹⁰.

Sintió predilección por las epístolas de san Pablo¹¹, mas está claro que fueron los Evangelios su primordial alimento: «Del Evangelio recibimos nosotros la norma de la fe católica y la regla de toda la vida cristiana¹²».

Todo su estudio, así como su docencia, fue siempre dócil al Magisterio de la Iglesia. Con sumo cuidado atendió, por ejemplo, a la doctrina de los Concilios ecuménicos¹³, y con filial obediencia puso poco antes de morir todos sus escritos y enseñanzas bajo la autoridad de la Iglesia:

Yo he enseñado y escrito mucho sobre este Santísimo Cuerpo y sobre los otros sacramentos, según mi fe en Cristo y en la Santa Iglesia Romana, a cuyo juicio yo someto toda mi enseñanza¹⁴.

Su lectura de la Escritura era, sin embargo, algo más que un mero estudio intelectual, era auténtica oración. Acerca de la mano de Dios en la labor docente de Tomás cuando era bachiller sentenciarario en París, explica Bernardo Gui:

Dios agració su enseñanza tan abundantemente que empezó a causar una impresión maravillosa en los estudiantes [...] Nadie que le escuchara podía dudar que su mente estaba llena de una nueva luz procedente de Dios¹⁵.

Un momento precioso de este magisterio divino para con Tomás lo hallamos en su preparación para la promoción como maestro regente en teología en la Universidad de París. La preocupación por la responsabilidad que le iba a ser encomendada le condujo a la oración. Cuenta Bernardo Gui lo que sucedió:

Le pareció ver a un anciano, de pelo blanco y vestido con el hábito dominico, que se le acercó y le dijo: «Hermano Tomás, ¿por qué estás rezando y llorando?» «Porque -contestó Tomás- me obligan a tomar el grado de maestro y yo no creo que esté totalmente capacitado. Además no se me ocurre qué tema elegir para mi lección inaugural». A esto el anciano replicó: «No temas: Dios te ayudará a llevar la carga de ser maestro. Y en cuanto a la lectura, coge este texto: *Tú regaste las colinas desde tus altas moradas: la tierra se llenará con el fruto de tus obras* (Sal 103, 13)». Entonces desapareció¹⁶.

En otras ocasiones Tomás se sintió desconcertado ante ciertos pasajes de la Escritura, que no acababa de comprender. Su actitud de nuevo consistía en ponerse en oración para suplicar de Dios la luz que disipara las sombras. Así, una vez que se le resistía un texto de san Pablo, despidió a sus secretarios, «cayó al suelo y rezó con lágrimas: entonces lo que deseaba le fue dado y se le hizo claro¹⁷». En otra circunstancia, ayunó y rezó para poder interpretar un pasaje de Isaías; su secretario Reginaldo supo de labios mismos de su maestro que los apóstoles Pedro y Pablo se le habían aparecido explicándole cuanto deseaba saber.

Al final de sus días Dios quiso dictarle una lección magistral. Sucedió el 6 de diciembre de 1273 durante la celebración de la Misa. Tomás quedó enmudecido; no tenía palabras para expresar lo que es inefable: «Todo lo que he escrito -aseguró a Reginaldo- me parece como paja comparado a lo que ahora me ha sido revelado¹⁸».

1.2. EL MAESTRO TOMÁS

Si es muy rica la vivencia del Aquinate en la docilidad del aprendizaje, mucho más, sin duda, en la fecundidad de su actividad docente, que ha trascendido con creces su época perdurando su magisterio hasta nuestros días. Nos centraremos ahora en la siembra que hizo en su paso por las aulas y en sus escritos, y a la que consagró su vida entera.

El magisterio de santo Tomás de Aquino que ahora vamos a describir tiene una razón de ser: la caridad y el celo apostólico. Muchos de sus escritos fueron a petición de alguna persona -el Papa, el maestro general de la Orden, los frailes de su convento, etc.-; y todos al servicio del bien de su prójimo: «Siempre estudiando, leyendo, o escribiendo para el bien de sus hermanos en Cristo¹⁹». Hay que pensar que para santo Tomás el estudio se ordena a la enseñanza -«*contemplata aliis tradere*²⁰»-, de modo que «el enseñar se cuenta entre las limosnas espirituales²¹».

El primer momento en que descubrimos a Tomás moviendo a otro a la virtud es durante su confinación en Roccaseca. Su hermana Marotta intentó persuadirle de que obedeciera a su madre y renunciara a ser dominico, mas fue ella la que acabó convencida de obedecer a Dios y renunciar al mundo; ingresó como benedictina, llegando con el tiempo a ser priora de Santa María de Capua.

Más tarde, mientras se hallaba en Colonia bajo la dirección de san Alberto, un fraile se ofreció a fray Tomás para ayudarle a estudiar el *De divinis nominibus* del Pseudo-Dionisio. Poco tardó en reconocer que era él quien debía ser instruido por el Aquinate; éste accedió a auxiliarle, no sin rogarle antes que no se lo dijese a nadie.

Su primera misión docente oficial parece ser que la recibió, precisamente, de Alberto en Colonia; fue la de *cursor* o *baccalaureus biblicus* -bachiller bíblico-, que consistía en hacer una lectura de la Escritura, con breves paráfrasis, a fin de familiarizar a los estudiantes -y al mismo bachiller- con los textos sagrados.

Por recomendación de Alberto Magno, fue enviado por el maestro general de la Orden a París como *baccalaureus sententiarum*, esto es, como bachiller comentador de las *Sentencias* de Pedro Lombardo. Aun siguiendo en mucho a su maestro Alberto, el magisterio del Aquinate ya mostraba su particular fisonomía: claridad de pensamiento, brevedad de